



TOMO IV.—NÚM. 52.

ANUNCIOS: á precios convencionales.

Número suelto, un real.

DIRECTOR: VALENTIN L. CARVAJAL.

Administracion, Lepanto 18.

ORENSE.—SÁBADO 30 DE DICIEMBRE DE 1876.

AÑO III—NÚM. 205.

SUSCRICION: tres pesetas trimestre

en toda España.

SUMARIO.—Defensa de las mujeres, por Fray Jerónimo Feijóo y Montenegro.—El médico y la sociedad, por José Dominguez Izquierdo.—Dos palabras por vía de cariñoso consejo, al Sr. Conde D. Ramon B. de Carpegna y Sterling, por Manuel Hernan.—Seccion local.—Anuncios.

DEFENSA DE LAS MUJERES.

XXIII.

(Conclusion).

Veo ahora, que se me replica contra todo lo que llevo dicho de este modo. Si las mujeres son iguales á los hombres en la aptitud para las artes, para las ciencias, para el gobierno político y económico, ¿por qué Dios estableció el dominio y superioridad del hombre, respecto de la mujer, en aquella sentencia del cap. 3. de el Génesis *Sub viri potestate eris?* Pues es de creer, que diese el gobierno á aquel sexo, en quien reconoció mayor capacidad.

Respondo lo primero, que el sentido específico de este texto aun no se sabe con certeza, por la variacion de las versiones. Los setenta leyeron: *Ad virum conversio tua.* Aquila: *Ad virum societas*

tua. Symmacho: *Ad virum Appetitus, vel impetus tuus.* Y el doctísimo Benedicto Pereita dice, que traduciendo el original hebreo palabra por palabra, sale la sentencia de este modo: *Ad virum desiderium, vel concupiscentia tua.*

Lo segundo respondo, que se pudiera decir, que la sujecion política de la mujer fué absolutamente pena del pecado, y así en el estado de la inocencia no la habia. El texto por lo menos no lo contradice; antes bien parece que haciendo de obedecer la mujer al varon en el estado de la inocencia, debiera Dios intimarle la sujecion luego que la formó. Siendo esto así, no se infiere que la preferencia se le dió al hombre por exceder á la mujer en entendimiento, sino porque la mujer le dió la primera ocasion al delito.

Lo tercero digo, que tampoco se infiere superioridad de talento en el varon, aunque desde su origen le diese Dios superioridad gubernativa de la mujer. La razon es, porque aunque sean iguales los talentos, es preciso que uno

de los dos sea primera cabeza para el gobierno de casa, y familia; lo demás sería confusión y desorden. Entre las especies probables de gobierno tienen los filósofos morales, siguiendo á Aristóteles, por la ínfima, ó menos perfecta la que se llama Cimocracia, en que todos los individuos de la república mandan igualmente, ó tienen igual voto. Pero entre marido y mujer, no solo sería imperfecto este modo de mandar en cuanto al gobierno económico, sino imposible; porque en la multitud del pueblo, cuando haya diversidad de dictámenes, se puede decidir la dificultad por pluralidad de votos; lo que entre marido y mujer no puede suceder, porque están uno á uno: y así, en caso de oponerse en el dictamen, no se puede determinar si no es uno de los dos superior. ¿Pero por qué habiendo de ser superior el uno, siendo iguales los talentos, quiso Dios que lo fuese el hombre? Pueden discurrirse varios motivos en el exceso de otras prendas, como en la constancia, ó en la fortaleza; porque estas virtudes convienen para tomar las resoluciones convenientes y mantenerlas después de tomadas, atropellando en uno y otro los estorbos de temores, ó vanos, ó ligeros: pero es mejor decir, que en las divinas resoluciones ignoramos por la mayor parte los motivos.

XXIV.

Concluyo este discurso, satisfaciendo á un reparo que se podrá formar sobre el asunto; y es, que persuadir al género humano la igualdad de ambos sexos en las prendas intelectuales, no parece que trae utilidad alguna al público, antes bien le ocasionará algún daño, por cuanto fomenta en las mujeres su presunción y orgullo.

Pudiera ocurrir á este escrúpulo solo con decir que en cualquiera materia que se ofrezca al discurso, es utilidad bastante conocer la verdad y desviar el error. El recto conocimiento de las cosas por sí mismo es estimable, aun sin respecto á otro fin alguno criado. Las verdades tienen su valor intrínseco; y el caudal ó riqueza del entendimiento no consta de otras monedas. Unas son más preciosas que otras, pero ninguna

inútil. Ni la verdad que hemos probado, puede por sí inducir vanidad y presunción en las mujeres. Si ellas son verdaderamente en las perfecciones del alma iguales con nosotros, no habrá vicio alguno en que lo conozcan y entiendan así. Santo Tomás, hablando de la vanagloria, dice que este pecado no se incurre por conocer cada uno y aprobar el bien ó perfección que tiene: *Quod autem aliquis bonum suum cognoscat etc, approbet, non est peccatum*. Y en otra parte, hablando de la presunción, dice que este vicio siempre se funda en algún error del entendimiento: *Præsumptio autem est molus appetitivus. quia importat quandum spem inordinatam, habet autem se conformiter intellectui falso*. Luego el conocer las mujeres lo que son, como no llegue á pensar de sus prendas más de lo que deben, no podrá hacer las vanagloriosas, ó presumidas; antes, si se mira bien el desengaño á que se ordena este capítulo, se añade presunción á las mujeres, y se la quita á los hombres.

Pero mucho más pretendo, y es, que la máxima que hemos establecido, no solo no puede ocasionar en lo moral daño alguno, sino que puede traer mucho provecho. Considérese á cuantos hombres la imaginada superioridad de talentos los hace osados para emprender sobre el otro sexo criminales conquistas. En cualquier lid, la confianza ó desconfianza de la fuerza propia, hace mucho para ganar ó perder la batalla. El hombre en fé de la ventaja en el discurso, propone con valentía; la mujer juzgándose inferior, escucha con respeto. ¿Quién puede negar aquí una gran disposición para que él venza y ella se rinda?

Sean, pues, las mujeres, que no son en el conocimiento inferiores á los hombres: con eso entrarán confiadamente á rebatir sus sofismas, donde se disfrazan con capa de razón las sinrazones. Si á la mujer la persuaden, que el hombre, respecto de ella, es un oráculo, á la más indigna propuesta, prestará atento el oído, y reverenciará como verdad infalible la falsedad más notoria. Bien se sabe á que torpezas han reducido los Herejes, que llamamos Mo-

linistas, á muchas mujeres anteceden-
tamente muy virtuosas. ¿De que nació
la perversión, sino de haber imaginado
en ellos unos hombres de superiores
luces, y de haber desconfiado con de-
masia de el propio entendimiento, cuan-
do les estaba representando bien clara-
mente la falsedad de aquellos veneno-
sos docmas?

Otra consideracion hay que hacer
muy importante en esta materia. Es
cierto que cualquiera cede mas fácil-
mente á aquel en quien reconoce alguna
notable ventaja. Un hombre sirve sin
violencia á otro hombre, que es mas no-
ble que él; pero con suma repugnancia,
si son iguales en nacimiento. Lo pro-
pio sucede en nuestro caso. Si la mujer
está en el error de que el hombre es de
sexo mucho mas noble, y que ella por
el suyo es un animalejo imperfecto, y
de bajo precio, no tendrá por opróbio el
rendírsele; y llegándose esto la lisonja de
el obsequio, reputará por gloria lo que
es ignominia. Conozca, pues, la mujer su
dignidad, como clamaba San Leon, al
hombre. Sepa que no hay ventaja al-
guna de parte de nuestro sexo; y asi,
que siempre será opróbio y vileza suya
conceder al hombre el dominio de su
cuerpo, salvo cuando le autorice la san-
tidad del matrimonio.

Aun no he dicho toda la utilidad que
en lo moral traerá el sacar á los hom-
bres y mujeres de este error en que
están, de la desigualdad de los sexos.
Firmemente creo que este error es cau-
sa de mancharse con adulterios infinitos
tálamos. Parece que me enredo en una
extraña paradoxa; pero no es sino una
verdad constante: atencion.

Pasados pocos meses, despues que
con el vínculo del matrimonio se ligaron
las almas de dos consortes, pierde la
mujer aquella estimacion que antes lo-
graba por alhaja recién poseida. Pasa el
hombre de la ternura á la tibieza, y la
tibieza muchas veces viene á parar en
desprecio y desestimacion positiva.
Cuando el marido llega á este vicioso
extremo, empieza á triunfar y á insultar
á la esposa en fé de las ventajas que
imagina en la superioridad de su sexo.
Instruido de aquellas sentencias, que la
mujer que mas alcanza, alcanza lo que

un niño de catorce años: que no hay que
buscar en ellas seso ni prudencia, y
otras de este jaez, todo lo que observa
en la suya trata con sumo desprecio.
En este estado cuanto la pobre mujer
discurre es un delirio, cuanto dice un
despropósito, cuanto obra un yerro. El
atractivo de la hermosura, si es que la
tiene, ya no sirve de nada, porque le
rebajó el precio la seguridad de la pose-
sion. Ese es un hechizo que ya está des-
hecho. Solo se acuerda el marido de que
la mujer es un animal imperfecto; y si
se descuida, á la mas linda le echará en
la cara que es un vaso de inmundicia.

En este estado de abatimiento está
la infeliz mujer cuando empieza á mirar-
la, como suelen decir, con buenos ojos
un galan. A la que está aburrída de ver
á todas horas un semblante ceñudo, es
natural que le parezca demasiadamente
bien un rostro apacible. Esto basta pa-
ra facilitar la conversacion. En ella no
oye cosa que no la lisonjee el gusto. An-
tes no escuchaba sino desprecios; aqui
no se le habla sino de adoraciones. An-
tes era tratada como menos que mujer;
ahora se vé elevada á la esfera de dei-
dad. Antes se le decia que era una tonta;
ahora escucha que tiene un entendi-
miento divino. En la boca del marido
era toda imperfecciones; en la del galan
es toda gracias. Aquel la señoreaba co-
mo tirano dueño; éste se le ofrece como
rendido esclavo. Y aunque el enamora-
do si fuera marido, hiciera lo mismo
que el otro, como eso no lo previene la
triste casada, halla entre los dos la dis-
tincion que hay entre un ángel y un
bruto. Vé en el marido un corazon lleno
de espinas; en el galan coronado de flo-
res. Allí se le presenta una cama de
hierro; aqui de oro. Allí la esclavitud,
aqui el imperio. Allí la mazmorra; aqui
el solio.

En esta situacion ¿qué hará la mujer
mas valiente? ¿Cómo resistirá dos im-
pulsos dirigidos á un mismo fin, uno que
la impele, otro que la atrae? Si el Cielo
no la detiene con mano poderosa, segu-
ra es la caída. Y si cae, ¿quién puede
negar que su propio marido la despeña?
Si él no la tratara con vilipendio, no le
hiciera fuerza el amante con la lisonja.
El mal tratamiento del uno, dá valor al

rendimiento del otro. Todo este mal viene muchísimas veces de aquel concepto bajo que los hombres casados tienen hecho del otro sexo. Déjense de esas erradas máximas, y lograrán las mujeres mas fieles. Estímenlas, pues Dios los manda amarlas: y desprecio y amor no entiendo como se pueden acomodar juntos en un corazón, respecto del mismo objeto.

Fr. Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro

EL MÉDICO Y LA SOCIEDAD.

(Conclusion.)

Mas dejemos que el escolar medicinante se entretenga un momento en las ciencias auxiliares para engolfarse en seguida en la Anatomía y Fisiología; veámosle entrar con su tristara en las clínicas generales, estremecerse en la Patología externa y llegar fatigado hasta la Higiene pública y Moral médica. Hélo ya ante la asamblea del profesorado, ante el severo y justiciero tribunal de la ciencia con la frente abatida bajo el caudal de sus estudios y con el pecho henchido de angustia, de duda y de temor! El profesorado ha sondeado uno por uno sus conocimientos, ha hecho la autopsia á su saber y posando la temblorosa mano del alumno sobre el brazo descarnado de los enfermos» pulsa, —le ha dicho— sorprende su mal, receta y revela su curacion.» Bien por Dios! La asamblea aplaude tanto tesoro de estudios, tantas observaciones recogidas, desvelo tanto y tanto afan, y el tribunal científico deposita en manos del escolar en tan deseado diploma, aquel título que le confía tan solemne misión. Hé aqui acaso el premio único que el médico recoge en su vida, he aqui el único dia en que exorna su frente el láuro del saber. La vida del maestro gastada por el ejercicio de la facultad rejuvenece entonces en la del discípulo que en él entra de lleno. Oh! la medicina tiene tambien su poesia propia y exclusiva, pero esta poesia es triste, elejiaca. Y la sociedad ¿le premia tambien? ¿tambien le aplaude?...

La sociedad rehusa los primeros dones del médico, los primeros esfuerzos de ese atleta científico, de ese hijo mimado de los Varelas y los Matas, de los Gutierrez, Janer y Hernandez Morejon, de los Piqueres y Mercados. La sociedad quisiera trocar su juventud por la vejez de un Mercuriales y, señalándolo irónica, dice al padre «guarda tu hija!» y al esposo «guarda tu mujer» Pero esta cavilosidad maliciosa, arrojada por una sociedad que todo lo mira en el falso prisma de sus vicios, contra un corazón puro y embalsamado con el entusiasmo con que late por la ciencia filántropa, desaparece ante esa fraternidad benéfica que

acaricia á los médicos en el aula, en el profesorado, desde el médico que empieza hasta el médico que acaba, en la desgracia ó en la felicidad. El maestro cede su puesto al discípulo bajo un supuesto pero generoso pretesto, colocando á la vera del lecho del dolor un nuevo ángel de guarda, y ahoga bajo sus alas la preocupacion injusta, mientras predica de aquella alma, toda jóven, candidez y de aquel entendimiento lozano penetracion y saber. Los hechos del jóven acreditan la voz del anciano y asidos ambos de la mano amistosa se dirigen intrépidos al fin de su facultad.

Entonces es cuando burlada é irritada la sociedad de todos los actos del médico formando de cada hombre un tratado elemental de medicina, y de cada mujer un formulario verbal que todo lo sana, que toda curacion hace fácil pero que en la realidad si no mata destruye. Antepone á los preceptos de la verdadera ciencia las monstruosas recetas de un charlatan ó los brevajes de una hechicera, y cuando el enfermo es ya una victima mas de sus abusos y preocupaciones, cuando los dolores del enfermo se han cambiado en el estertor del moribundo, llama con mentidas lágrimas al médico para que haga milagros. El médico jamas se niega, vuela siempre á do quier que la humanidad gime, á do quier que hay que salvar un hombre. Bien pronto la sociedad olvida aquella grandeza de ánimo y se la oye murmurar al instante—si el médico es jóven—«es un inesperto!» y—si es anciano—«es un sábio pero donde él entra, allí tambien la muerte.»

Los desvarios de esa sociedad atolondrada por fingirse jóven, tanto mas loca cuanto mas vieja es: sociedad á la que, bien á pesar nuestro, encontramos siempre desnuda en su falta de recato: como que autoriza y siembra en el seno fecundo de sus hijos el extravio de la razon. Este extravio engendra enfermedades físicas y morales sin cuento, situaciones desgraciadas y de importante trascendencia; el médico recibe en su oido confesiones desgarradoras que se hunden para siempre en su corazón como el cadáver en un sepúlcro. El médico cura aquellas con sus caudales científico y metálico para alejar de la juventud imprevisora la vergüenza y el deshonor: á estas con la filosofia y el consejo, y remedia á las últimas con sacrificios de gran valía, de un mérito incomprendible. Entonces el médico se ve obligado á mentir para ocultar degradantes faltas ajenas y á conspirar contra la perspicacia de un padre tal vez ó de un esposo ultrajados. Este conspirar y este mentir son nobles y laudables, emanaciones grandes de una conciencia sin tacha; evitan el horror de nuevos crímenes, ahorran á esa misma sociedad el escándalo contagioso y desarman al vicio pronto á recoger sus vencidos para agrandar sus huestes que escuda con el aplauso de la insensatez. La sociedad espia mas que nunca los secretos del profesor, lo sorprende alguna vez entregando en manos de una nodriza al hijo inocente del crimen, de la ignorancia ó de la

seducción; niño sin nombre y sin fortuna quizas; niño infeliz fruto acaso de otra niña también, y el médico magnánimo que lo prohija en el silencio de su desconsuelo y que á su costa le prepara crianza y educacion, sobrelleva con faz tranquila el cruel epíteto de desmoralizado seductor. La sociedad le demanda pruebas en contrario; él se resigna y calla por coronar su obra para la humanidad.

Grandes son la gratitud y el amor de que es deudora al médico la sociedad! Cuando las epidemias recorren una á una las naciones de la tierra, cuando su soplo pestilente invade los ámbitos todos de un pueblo, hay un hombre de abnegacion inmensa, de valor sobrehumano, que corre de familia en familia á llevarles la esperanza y el auxilio y muchas veces la salud. Este hombre es el médico. Cruza la atmósfera apestada, disputa el suelo palmo á palmo, se bate cuerpo á cuerpo con la muerte que lo circuye con sus estensas alas y rescata la vida de mil y mil hermanos que antepuso á su propia existencia. Cuantas veces es esta la victima propiciatoria que consigne del mal su desaparicion!! Entonces la sociedad ni aun graba su nombre sobre el sepulcro, sus cenizas se confunden con las de la multitud y ni aun torna los ojos á los hijos que, por libertar á los de ella, dejó en la orfandad.

Cuando el estruendo del cañon retumba en las montañas montando de cadáveres el banquete que ébrio de sangre, ofrece el combate á la muerte: cuando por un hombre, que si vence llegará á ser un tirano, ó por una palabra, que jamás llega á ser una realidad, los mortales se convierten en fieras que se despedazan con horror entre el humo de la pólvora, los silvidos del plomo y el crujir de las armas, el génio de la vida también allí alza su estandarte. El emisario de la medicina, el profesor médico-quirúrgico, sereno en medio del desbordamiento de tantas pasiones, avaro de tantas vidas y tanta salud arrojadas con desprecio por el suelo, destrozadas por las ruedas de las cureñas, aplastados por los cascos de los caballos y abrasadas por el fuego de las bombas, recogelo: restos de vida, arrebatados heridos que la guerra anrópofaga aun no ha devorado, compone los rotos miembros y detiene los arroyos de sangre humeante en que la ira y la venganza sacian su sed. El médico-cirujano cura al vencedor y al vencido, al jefe y al soldado y detiene el brazo bárbaro que va á descargar la segur sobre el que revolcándose en su sangre pide á gritos compasion. Doloroso contraste! La sociedad prodigando millares de vidas en obsequio á un hombre que guarda muy bien la suya en altivos y suntuosos alcázares, y la medicina ahorrándolas en nombre de aquel Dios que nos dijo «amaos como hermanos!!» Cuantas veces el adalid de la medicina es confundido y arrollado al paso de una carga destructora! He aquí un mártir que muere porque vivan sus semejantes!

Aunque la sociedad se arroje con el manto estrellado de la grandeza, no la guarece por lo de las enfermedades que su misma molicie

y sus goces mismos la regalan entre la abundancia. Su naturaleza se hace mas endeble en la inaccion que la de la clase tan impropriamente llamada baja. El médico atraviesa por la mansión del lujo y de la magnificencia para curar al aristócrata postrado por el dolor en su lecho de oro: sus ojos no ven allí sino á un hombre mas miserable acaso que el resto de los vivientes, el médico auxilia á su flaca naturaleza, se convierte en apoyo suyo y la sostiene en su camino, apartándola de los precipicios y tomándola sobre sus hombros en las escabrosidades. El médico la salva con el mismo interés y esfuerzo que la de un mendigo, y la alta sociedad con aquella galantería que le es innata lo remunera con un pequeño diamante, con un juguete ó un dulce á veces cual á un niño. El juguete ó el diamante no sustentan al médico, á sus hijos, á su familia, mas ¿el ofrecer moneda en cambio de la vida no fuera de mal tono? ¿no desdorara la ciencia del profesor?.

La clase media retarda cuanto puede el llamamiento del médico, es cierto; pero al fin lo llama porque del mismo modo ama la vida. El médico se la guarda también, también la prodiga sus desvelos, para él no hay clases, no hay gerarquías, solo hay hombres que claman por su ciencia, existen solo hermanos que le demandan su salud. Esta clase empero vana, henchida de presuncion y empujada por el espíritu de un siglo todo exterioridad y apariencia, tiende á nivelarse imbécil con la primera; se paga mucho de sus trajes mientras carece de lo mas necesario, y jamás piensa que pueda ser presa de las dolencias. Cuando han desaparecido, el honorario del médico acaso no existe ó por lo menos no es el que la opinion del vulgo centuplica en sus cavilaciones, Solo por combatirla arrostramos el rubor de que nuestra pluma descienda hasta este punto. «Los males de mis hijos llenan de oro las gabetas de los médicos» dice vanidosa la sociedad. El médico no es un mercader de sus conocimientos, la replicamos nosotros—que no lo somos.—El médico por sus sentimientos, por su delicadeza y porque su profesion misma le pone ante los ojos la verdadera situacion de esa sociedad que miente riquezas. Jamás pide sacrificios, mezcla si sus lágrimas con las del infeliz, y se retira llevando en su pecho, por todo resultado, el cariño y la intimidación. ¡Ay del hombre que por enriquecerse hubiese abrazado la medicina! ¡Ay de aquel que sin recursos de fortuna y sin emigrar del país natal intentase ejercerla!

Interesante es el cuadro que ofrece la choza del pobre cuando hundido en su lecho de pajas, velado tan solo por un lienzo hecho pedazos, dolorido y estropeado el cuerpo y el pensamiento en el trabajo perdido, vé sobre su rostro los enternecidos ojos del médico, siente su mano leve sobre sus brazos nerviosos y recoge en su oído ávido las palabras del que es su esperanza y su consuelo! El médico le alarga la limosna de su saber y de su bolsillo, porque el jornalero enfermo precisa de medi-

camentos como de sano necesita pan. La sociedad aparta la vista de este cuadro murmurando «¿a qué dolerse de ese miserable si en pajas nació y en pajas ha crecido? aunque tenga, así le vereis siempre; la miseria es su costumbre, es feliz como es irreformable!» Mentira! cruel mentira!! No hay costumbre que venza al hambre, el hambre mata al hombre. No hay descuidada educación que formando una segunda naturaleza presente un broquel de hierro al acerado puñal de las enfermedades. A sus plantas caen rendidos todos los hombres y solo el médico los alza hollando á su vez tan despótico señorío. La sociedad ni aun finge entonces agradecimiento, la sociedad corre á ocultarse en los saraos y á aturdirse con su bullicio; solo el médico vela sobre aquel hijo abandonado que gime y padece mientras rie y goza su madre. Hé aquí porque la sociedad tanto teme el ver al médico entrar en el santuario de las leyes conducido de la mano por la representación nacional! El, cual nadie, conoce á fondo la verdadera situación social, mejor que ninguno puede graduar las riquezas de los pueblos, patentizar sus necesidades y ser el eco fiel de sus clamores; por eso ella se estremece al temor de ver descubiertas sus dilapidaciones, manifiestas sus pasiones degradantes y arrojadas al polvo esas falsas galas con que encubre su vejez y que tantas lágrimas, privaciones tantas y tanta advección cuestan á los que como por escarnio apellida sus hijos. «Los médicos á curar» balbucea la sociedad ya que no es dueña de rasgar sus derechos de ciudadanos; é inconsecuente los convoca en el peligro y les pide prestada su ciencia para producir la salud de los pueblos y pordiose la medicina legal.

Si sobre el pecho del médico veis brillar alguna vez una cruz, emblema del mérito, condecoración honrosa de una acción grande, cuyo esmalte rebolvera la llama que ha encendido en su corazón el amor á la humanidad, no creais que el voto unánime de la sociedad una vez justa lo ha cubierto con aquel signo de su consideración ó lo ha marcado con aquel lema del saber; no: la sociedad casi se enoja y como que se lastima de que la medalla, que cualtece á aquel hombre que la ha dado la salud y la vida, no sea la recompensa del que en la batalla ó en el cadalso ha segado tantas como mieses el labrador.

El médico, para el que el mundo no tiene placeres fijos ni la vida goces cumplidos, seguro descanso: ese hombre que vela cuando duerme la tierra, sufre cuando todo un pueblo se regocija y trabaja en los momentos mismos en que el cuerpo exige la holganza y el alma soláz; el médico, que en un instante de respiro corre á depositar las atribuciones de su ánimo en el amoroso y consolador de la esposa que ha elegido por su hermosura moral, á refrescar su frente con el beso de su hijuelo agradecido, y que en aquel instante mismo todo lo abandona por la humanidad caída que le grita «ven, vuela, socórreme, luego será tarde;» es el géno del bien que sobreponiéndose

á la sociedad anatematiza en el lenguaje de sus acciones su desmoralización, su indiferentismo y su desamor. El promulga la virtud y la fraternidad; al paso que conmina con los dolores y la destrucción, la sociedad experimenta convulsiones y males que la alarman, traspasa crisis amenazadoras, y teme á veces su dislocación, su muerte: el interés de su conservación misma la tornará pues la dignidad, la sensatez y la solicitud maternal. Tras desolación tanta, en pos de tanto dolor reprimido, tanta sangre vertida y tanta enfermedad mal disfrazada, la salud aparecerá esplendorosa reduciendo á pavesas los baluartes de la disolución y del crimen. La ciencia ocupará su trono y el médico recibirá en reparación el amor de la sociedad y su repeto. Hoy solo un gobierno civilizador, un hombre grande ó un torneo facultativo pone el premio en manos del médico; mañana lo victoreará la sociedad.

Al lector que nos preguntara ¿qué interés hemos tenido en escribir este artículo, no siendo médicos? le responderemos que el de la justicia y la imparcialidad. Le contestaremos con lo que me dice Madama Stael. Los habitantes de Méjico llevan cada cual, cuando pasan por el camino real, una piedra á la gran pirámide que erigen en medio de su país. Ninguno le dará su nombre, pero todos habrán contribuido á aquel monumento que debe sobrevivir á todos. El autor de este artículo también lleva su piedra al monumento de la sublime facultad.

José Dominguez de Izquierdo.

DOS PALABRAS POR VIA DE CARINOSO CONSEJO,
AL SEÑOR CONDE
DON RAMON E. DE CARPEGNA Y STERLING.

EL GRAJO VANO.

Con las plumas de un Pavo
Un Grajo se vistió; pomposo y bravo
En medio de los Pavos se pasea.
La manada lo advierte, lo rodea,
Todos le pican, burlan y lo envían...
¿Dónde si ni los Grajos lo querían?
¡¡Cuanto ha que repetimos este cuento.
Sin que haya en los plagiarios escar-

mien o!!
(FÁBULA DE SAMANIEGO).

No me cupo el placer de conoceros personalmente; ignoro dónde actualmente os encontráis; y hasta tal punto os encerrásteis en el mas absoluto mutismo, que á juzgar por él, cualquiera podría dudar de vuestra existencia, que Dios conserve.

Y sin embargo existís, y aun presumo que antes de cuatro dias habeis de estar enterado de estas líneas, lo cual me basta, y os basta.

Vamos á cuentas.

Os llamé dos veces desde las columnas de esta publicación, y en vano una y otra, por mas que en la última os prometia demostrar que la composición por vos *suscrita*, dedicada «A Nuestra Señora del Rosario,» y *premiada*

(¡qué horror!!) con un *accessit* en el último certámen celebrado en la Coruña, es, (con perdon vuestro), un *plagio*. Perdonadme os diga, que ante afirmacion tamaña, el *silencio*, como única contestacion, es ún precedente que á la vez que os favorece poco, os denuncia hasta cierto punto.

Esto no obstante, seria una prueba poco eficaz de la verdad de mi aserto; lo conozco. Pero claro está que cuento con alguna otra, y vais á verlo, pues presumo vuestra impaciencia, y me precio de complaciente.

Prescindamos del lema «*Panditur interca domus omnipotentis Olympi*,» que al fin habeis tenido la franqueza de declarar que es del inmortal Vigilio.—Eneida X; prescindamos asi mismo del primer *cuarto de legua* de vuestro celebrísimo *zurzido*, (que consta como sabeis de 34 octavas reales), por ser el que menos vale de la jornada; un verdadero cuarto de legua cuesta arriba, y detengámonos en la octava real núm. 25, relativa á la memorable batalla de Lepanto.

En ella, cantais:

Por fin, ganosos de alcanzar laureles,
En número menor, y el brazo listo,
Comienzan á lidiar con los infieles
Los que ostentan el lábaro de Cristo.
El mar cubren á cientos los bajeles,
De Turcos y aliados, no se ha visto
Enjambre tal como el que dió en Lepanto
Al númen *del poeta* (?) eterno canto.

Suponed por un momento, que á esta *vuestra* actava, se me antoja denominarla *sustrayendo* y que llamo *minuendo*. (salva inversion) á la siguiente octava real tambien, pero del reputado poeta D. José Heriberto Garcia de Quevedo, en su drama intitulado *Isabel de Médicis*.—(Acto 3.º):

Ansiosos de alcanzar altos laureles
Ardiendo el corazon, el brazo listo,
Dan vista una mañana á los infieles
Los que pelean só el pendon de Cristo:
Cubren el mar los rápidos bajeles
De una y otra nacion; jamás fué visto
Armamento mayor que el que en Lepanto
Dió al númen *de la guerra* eterno canto....

Ahora bien, carísimo Conde, vos que no habeis de ser menos complaciente que yo, os habeis de servir ya que os presumo mejor aritmético que poeta, averiguar la *diferencia* en la operacion propuesta, porque desde luego os la regalo.

Dicese, però lo dicé el *vulgo* que *el que hace un cesto hace ciento*, y dice tambien que *para muestra, un boton basta*. Ignoro si opinareis en este punto con el *vulgo*, perteneciendo, como pertenecéis, á mas elevada clase; así que, y por lo que importar pueda, voy á regalaros un *botoncito* mas, lo que ciertamente no habrá de arruinar á quien en la ocasion presente, y si no fuera por molestarse y molestaros, os pudiera ofrecer una *botonadura* completa, para un *capote-ruso* completo tambien.

Refiriéndoos al inmortal Cervantes Saave-

dra, como uno de los héroes de la aludida batalla, hilvanasteis de la misma manera lo que sigue:

Oscuro vuelve el héroe al pátrio suelo
Abandonando la *marcial palestra*,
Y aunque grande es de su alma el desconsuelo
Sin la *mano* encontrándose *sinistra*:
Al mundo de su génio prueba el vuelo
Que un *nombre* á conquistar *basta su diestra* etc.,

Y el Sr. D. J. Heriberto Garcia de Quevedo, en su citado drama, refiriéndose tambien á Cervantes, dice á su vez:

Al ostentar en la *feroz palestra*
Del corazon el brio soberano,
La *mano* entera le llevó *sinistra*
Un impio arcabuz mahometano;
Mas *basta* á tal varon la *mano diestra*
A hacer eterno el *nombre* Castellano
Y *sobra* á España su inmortal memoria
¡Para nunca envidiar agena gloria!

Estais pues convicto, Sr. Carpegna, y á nadie mejor que á vos pueden aplicarse aquellas quintillas del inmortal Lope de Vega:

No entendí que consintiera
Anca el Señor Pegaso;
Pero *de aquesta manera*
Suben muchos al Parnaso
Aunque es difícil carrera.
No porque somos nosotros
Poetas; mas porque *dan*
En *hurtar* unos á otros,
Presumo que *algunos van*
A las ancas de los otros.

Ahora bien:

Considerando, que al *ilustradísimo* Jurado coruñés, prevalido de que es corto de vista, ofrecisteis *gato por liebre*, y que así se lo tragó, por vos engañado, lo cual constituye una especie de desacato, una falta de respeto cuando menos, pues lo habeis puesto en berlina;

Considerando que habeis *hurtado* parte del patrimonio literario del Sr. D. José Heriberto Garcia de Quevedo, lo cual está previsto, y convenientemente penado por un concepto del Decálogo y un artículo del Código penal;

Resultando, que el *autor* de la composicion inmediatamente inferior en mérito á la *vuestra*, es decir, á *vuestro zurzido*, seria el *premiado* á no haber mediado vuestro *olo*, y que en tal concepto le sois deudor de una *indemnizacion*, os doy el siguiente consejo:

Haced pública confesion de vuestro pecado, *r stituid* el *accessit* que *indebidamente* retenéis, y pues que para poeta no habeis nacido, garantizad la enmienda con la promesa solemne de que jamás volveréis á imitar al *Grajo* de la Fábula, engalanándoos con plumas ajenas. De este modo, nadie osará desplumaros en el camino, ni decir de vuestras obras que *son pocas y bien plagiadas*, ni aumentareis con un dato mas la *Estadística criminal literaria*, tan considerable ya por desgracia.

Si así lo hiciéreis, repito que nada tendréis

que temer en vida, y vuestra calavera podrá presentarse sin rubor ante la del Sr. Garcia de Quevedo el día del gran Juicio.

Mas si por el contrario, despreciando la sinceridad de mis palabras continuais gustando la *fruta vedada*, entonces... entonces mas os valiera ensayar el gimnástico ejercicio que el *inimitable* Bernardo Lopez Garcia, recetaba á un *ratero literario*:

Ata al cuello las cuerdas de tu lira
Y enlágate despues de tu persona.

Sabeis Sr. Conde, que soy vuestro servidor

Manuel Herólan.

Santiago, Diciembre de 1876.

SECCION LOCAL.

Con el presente número termina el 4.º tomo de nuestra publicacion, cuyo índice así como el del tomo 3.º, repartiremos en la semana entrante á nuestros apreciables suscritores.

El día 1.º del próximo año verá la luz pública el Almanaque del HERALDO GALLEGO para 1877, ilustrado con tres grabados que representan la notable *Alalaya de la Guardia*, el retrato del bravo soldado gallego Andrés Valiñas, con dos compañeros suyos que fueron los primeros en asaltar los muros de Vila-Real, y el retrato del distinguido ingeniero hijo de Pontevedra, D. Isidoro Buceta. Contiene además notables y curiosos datos acerca de la antigüedad de los almanaques, el santoral, artículos y poesías de algunos escritores gallegos, nota de las horas de entrada y salida de los principales correos de Galicia, y una estensa coleccion de efemérides gallegas que por sí sola basta para hacer recomendable este Almanaque. Todo gallego amante de su patria debe apresurarse á adquirir esta publicacion, puesto que la coleccion de efemérides es una recopilacion de los hechos gloriosos que engrandecen la historia de nuestra patria y recuerdan á la posteridad las ilustres fechas en que han nacido y fallecieron los gallegos que con sus obras han contribuido á la glorificacion de su patria.

Esta obra forma un tomo en 4.º de 76 páginas, que se venderá al precio de **4 reales** en los puntos siguientes: Orense.—Administracion de la *Propaganda Gallega*, Lepanto 18, y en la librería de D. Severino Perez, Plaza de la Constitucion. Vigo.—Almacen de papel de D. Miguel Fernandez Dios. Pontevedra.—Imprenta del Sr. Madrigal. Santiago.—Librería de D. Bernardo Escribano. Coruña.—Administracion de El Anunciador. Ferrol.—Librería de D. Nicasio Taxonera. Lugo.—Librería de Doña Marcelina Soto Freire. Madrid.—Librería de D. Teodoro Sanchiz Matute 2, y D. Antonio Sanmartin, Puerta del Sol. En la Habana fijarán el precio que crean oportuno los corresponsales de esta casa, Sres. Chao y compañía.

La empresa del HERALDO GALLEGO que no perdona medio alguno para demostrar á sus

numerosos suscritores, su agradecimiento, expenderá á los mismos, este Almanaque al precio de **3 reales**, para cuyo objeto se les remitirán oportunamente unas papeletas impresas, para que á su presentacion les entreguen los corresponsales de las poblaciones en que residan, cuantos ejemplares deseen á dicho precio. En la ciudad de Orense se repartirán á domicilio el citado día 1.º de Enero.

REVISTA TEATRAL.—Animado y concurrido en extremo estuvo la noche del 28 el bonito Teatro del Liceo-recreo, con la representacion de dos pequeños juguetes. Hacia cuatro años que este Teatro se hallaba cerrado sin que conociesen la causa aquellos mismos que habian contribuido á su fundacion y esplendor. Algunos jóvenes entusiastas acordaron celebrar esta pequeña fiesta, sin reparar en los obstáculos que á su realizacion se oponia.

La constancia todo vence. *El Porque*, es el título de un apropósito que se ha puesto en escena la citada noche, original del Sr. Alvira. En él, se trataron algunas cuestiones de nuestra localidad con verdadero acierto, y aunque su autor pudo hacer mas variado el cuadro no limitándolo al simple diálogo de dos personajes, no por eso dejó de tener mérito y oportunidad. Se ocupó de la monotonía que reina en esta poblacion, de lo facil y hacedero que seria animarla por medio de estas modestas veladas, que además de servir de sabroso entretenimiento, solazan el ánimo y contribuyen á la mayor ilustracion. Y en verdad que no han podido escoger lugar mas á propósito que el pequeño y elegante Teatro del Liceo-recreo.

Cuatro años hace que una pléyade de jóvenes entusiastas animaban tambien con sus gracias y recomendables dotes la ilustrada sociedad que allí concurría. Permitasenos tributemos un sincero recuerdo á la triste memoria de las jóvenes Doña Constantina Perez y Doña Concepcion Mendez, que han bajado al sepulcro llenas de vida y esperanzas, lloradas por todos cuantos tuviéramos la suerte de conocerlas.

La ejecucion de las piezas puestas en escena, atendiendo á que los actores son meramente aficionados, no pudo ser mejor ni mas natural. Los Sres. Llorens, Alvira, Erenas (Don Adolfo) y Mata, han representado sus papeles con verdadero acierto. La joven Dorinda Rodriguez, á quien hemos tenido mas de una vez ocasion de admirar en la ejecucion de algunos trozos de canto, estuvo á una envidiable altura recitando con precision su papel respectivo, y cantando con verdadero sentimiento una cancion en la pieza de un *Loco cuerdo y un cuerdo loco*.

En resumen, la funcion dada la noche del 28 en el Liceo-recreo fué lo mas amena y variada que pudiéramos ambicionar, y haciendonos eco de la voz pública, deseamos que la Junta Directiva y seccion de declamacion den con mas frecuencia estas veladas que nos dejan tan gratos recuerdos.